

RESUMEN

*El presente artículo se propone reflexionar sobre el sufrimiento humano en relación a lo viviente, según el pensamiento de George Canguilhem, en relación al malestar en la cultura, rescatando los aspectos fundamentales del pensamiento freudiano. En este marco de análisis se plantean algunas propuestas de Guillaume Le Blanc, con respecto al pathos y las normas.*

**PALABRAS CLAVES:** *Sufrimiento humano, Lo viviente, Malestar en la Cultura, Pathos y Normas.*

ABSTRACT

*This article aims to reflect on the human suffering related to the living things, according to George Canguilhem's thinking of the cultural discomfort, and taking the main elements of the Freudian thinking. Within this analysis frame, some of the Guillaume Le Blanc's proposals are presented linked to the pathos and standards.*

**KEY WORDS:** *Human Suffering, The living thing, Discomfort in the Culture, Pathos and Procedure.*

# “Acerca del Sufrimiento Humano. La lógica de lo viviente en el malestar en la Cultura”

Juan José Soca Guarnieri. <sup>(1)</sup>

## Introducción

La experiencia del sufrimiento humano resulta ser una constante y un aspecto irreductible a la condición humana. El sujeto en su relación con la cultura se halla en conflicto entre las exigencias pulsionales y las que emanan de la cultura. La tesis freudiana fundamental, emanada de *El Malestar en la cultura* plantea que la relación con la verdad que anida en el sujeto desgarrar el lazo social y esto trae consigo un malestar, que resulta estructural para el sujeto, dada su condición de ser hablante. Este malestar se ubica a partir de una tensión entre las pulsiones y las restricciones que impone la cultura, siendo este factor uno de los promotores de patología. Es en este marco, que el sufrimiento huma-

(1) Juan José Soca G. Psicólogo. Psicoanalista. Magíster en Etnopsicología. PUC. Valpo. Alumno del Doctorado en Psicoanálisis UNAB. 2013. E-Mail: cintademoebio.soca@gmail.com

no cobra sentido y densidad. En función de esta reflexión psicoanalítica se pretende tejer algunas líneas tomando como referencia el pensamiento de George Canguilhem, en torno a lo viviente y lo normal y lo patológico. *A posteriori* y a modo de bisagra teórica, se presentan algunas ideas planteadas por Guillaume Le Blanc en relación a las enfermedades del hombre normal.

### **Desarrollo**

*¿Qué es lo que nos aporta George Canguilhem sobre lo viviente en relación a la norma? ¿Qué relación guarda lo normal y lo patológico en lo viviente? ¿La vida, en sí, es normal o anormal? ¿Qué se entiende por normal y anormal? ¿Es idéntico hablar de normas vitales y normas sociales? Y si no es así, ¿cuál sería la relación entre ambas?* Estas preguntas recorren toda su obra. En ella, Canguilhem analiza la relación entre la vida y la norma, dando cuenta de las distintas modalidades que manifiesta lo viviente en estado normal y patológico.

En su tesis doctoral sobre lo normal y lo patológico se aprecian dos tipos de perspectivas: En la primera (1943), el autor manifiesta dos lógicas de la vida: lo normal y lo patológico. En la otra perspectiva (1963-1966), que consiste en sus nuevas reflexiones bajo el influjo de Foucault, intenta desentrañar el sentido social de la norma y va a confrontarla con su acepción vital. Esto último cobra sentido, para el trabajo que aquí se presenta, cuando se introduzcan algunas reflexiones

realizadas por Guillaume Le Blanc sobre las enfermedades del hombre normal.

En sus "*Nuevas reflexiones relativas a lo normal y lo patológico*" (1963 - 1966) Canguilhem vuelve sobre ciertas afirmaciones de 1943. Su posición de 1963 resulta paradójica. Lo biológico y lo social no se contraponen, pero no se produce una posición de síntesis. La función normativa que es intrínseca al hombre, se presenta como una operación antropológica y cultural. Esta suerte de paralelismo entre las normas vitales y sociales muestra al viviente humano como un ser inacabado. Al recoger su tesis inicial que el hombre es sano en la medida que es normativo de acuerdo a las posibilidades que brinda el medio ambiente y por ende el estado patológico traduce una reducción de las normas de vida toleradas por el ser vivo, se establece que la precariedad de la normalidad rige el propio curso de la enfermedad. Es la enfermedad lo que nos hace ver la precariedad de la vida y por tanto en la medida que es precaria necesariamente debe ser protegida. Es aquí que las normas sociales cobran su sentido.

Canguilhem, a través de su *filosofía de la vida*, efectúa una crítica radical acerca de la distinción, ya tradicional, relativa a lo normal y lo patológico. Tal postura estableció, desde sus inicios, una dicotomía entre ambas categorías, subrayando el carácter de perturbación del equilibrio a fin de justificar el acento de lo normal sobre lo patológico; justificando de este modo toda una lógica correctiva y terapéutica.

Pero, para el autor, la distinción entre lo normal y lo patológico resulta ya insostenible tanto desde el punto de vista epistemológico como de la propia experiencia del enfermo. En definitiva, tal distinción, se reduce a una cuestión ideológica y dogmática, acentuando un ideal de perfección, en que el estado normal es aquel en que los órganos actúan con regularidad y uniformidad. El afán por sostener tal diferencia no es más que a beneficio de una corrección de lo patológico. En cambio, el autor sostiene que la lógica de la enfermedad no constituye una extensión de lo normal. En ella se encuentra un valor que le es propio.

Lo patológico tiene sus propias normas, mostrando la incapacidad de lo viviente en poder crear nuevas normas, y de este modo se encuentra sometido a un conjunto restringido de normas. En cambio, la normalidad consiste en la capacidad de ir más allá e inventar nuevas normas. En otras palabras, la lógica del exceso y el defecto asignada a lo patológico existe con respecto a una medida, que se considera válida y deseable con respecto a una norma. Por lo tanto, definir lo patológico por lo demasiado mucho o lo demasiado poco, significa reconocer el carácter normativo del denominado *estado normal*.

El estado de salud, en la experiencia de un viviente, se constituye en una suerte de inconsciencia; en cambio todo lo que significa amenaza a ese estado resulta un obstáculo. Es así como la enfermedad es aquello que molesta y provoca sufrimiento. Nos obliga a

preguntarnos sobre el significado particular de la enfermedad. *¿Qué significa estar enfermo?*

Por lo tanto, siguiendo el pensamiento de Canguilhem, se puede afirmar que lo patológico, lejos de resultar una excrecencia o un cuerpo extraño en relación a lo normal, en sí mismo no significa ausencia de norma. Todo lo contrario, da cuenta de una configuración novedosa del propio organismo. Lo patológico consiste en una forma de adaptación que inventa el propio organismo ante los cambios del medio ambiente. En otras palabras, lo patológico inventa sus propias normas.

A propósito de éstas, *¿cuál es el significado que nuestro autor le otorga a la cuestión de la norma?* El concepto de norma tiene para Canguilhem un carácter estructurante e invariante y se encuentra plagado de significaciones determinadas por lo histórico. La norma es *a posteriori* del objeto, al acontecimiento o al acto. Por lo tanto, la vida es anormal en sí misma, exigiendo una normalización. En otras palabras, las normas surgen de algo hostil y arcaico. La vida en sí misma es del orden de lo pre-subjetivo.<sup>(2)</sup>

Las normas conjuran la violencia anormal de la vida. La vida, por lo general, nos inquieta, nos hace sufrir, resulta dolorosa, resulta anormal, gracias a su carácter de inmediatez y de singularidad. Por ende, suscita una

---

(2) En este punto podemos tender un puente, aunque sea provisorio, con el concepto freudiano de pulsión.

intención y decisión normativas. Entonces, vida y carácter normativo se hallan en una relación indisoluble. De esto se desprende que lo patológico no es la ausencia de norma biológica, sino una norma diferente pero que ha sido comparativamente rechazada por la vida.

Por lo tanto, el estado patológico no se encuentra constituido por la ausencia de norma. La enfermedad es una norma particular de la vida y no es un residuo del comportamiento normal. No es el resultado de un empobrecimiento o de una disminución, sino que son reacciones que nunca se presentan en el individuo normal de la misma forma y en las mismas condiciones. El enfermo, en definitiva, está enfermo porque sólo puede admitir una norma.

El enfermo no es anormal por ausencia de norma sino por incapacidad para ser normativo frente a una situación determinada. En tales términos, la enfermedad es una experiencia de innovación positiva del ser vivo y ya no sólo un hecho de disminución o de multiplicación. La enfermedad no es una variación en la dimensión de la salud; es una nueva dimensión de la vida. La enfermedad, lejos de ser una desaparición de un orden normal, es la aparición de un nuevo orden vital.

En vista de lo anterior, podríamos decir que el estado patológico no puede ser denominado anormal de un modo absoluto, sino anormal en función de la relación con una

situación determinada. Estar sano y ser normal no son cosas equivalentes, porque lo patológico es una especie de normalidad.

Estar sano no es sólo ser normal en una situación dada, sino también ser normativo en esa situación y en otras situaciones eventuales. Estar en buen estado de salud significa poder enfermarse y restablecerse. En ese sentido el poder y la tentación de enfermarse representan una característica esencial de la vida.

El *pathos*, en definitiva, es quien condiciona al *logos*. Lo anormal es lo que suscita el interés teórico por lo normal. Las normas sólo son reconocidas como tales en las infracciones. Las funciones sólo se revelan en las fallas. La vida sólo se eleva a la conciencia y a la ciencia por la inadaptación, el fracaso y el dolor.

A modo de punto de capitoneo, el profesor Guillaume Le Blanc, en su visita<sup>(3)</sup> sostuvo, siguiendo a Canguilhem, una tesis fundamental: la vida es entendida como normatividad. Le Blanc introduce el término "ritmo" (*Allure*): la vida es una polaridad dinámica, realizada por los ritmos (*Allure*) de la vida.

Una vida, a lo largo de su historia, cambia de ritmos. Es en este aspecto donde se enlaza con la normatividad. Se encuentran dos tipos de ritmos: Los ritmos estabilizados (normales) y los nuevos ritmos (normales y propulsivos). En suma la vida es una actividad normativa. La vida tiene la capacidad de cambiar de ritmos e instituir nuevas normas

en un medio particular. Por lo tanto, normativo es aquello que instituye normas. Por el hecho que la normatividad es un valor de la vida, se encuentra presente en cada viviente singular. La normatividad es una capacidad, un poder individual en cuanto a los cambios de ritmo.

La normatividad es un hecho singular de cada viviente y la creación de nuevas normas deviene una capacidad propia de cada viviente. Es así como lo normal y lo patológico cobran sentido. La enfermedad, por su lado, es una dificultad de cambiar de ritmo y la salud, por el contrario, es precisamente un cierto juego de normas de la vida. Lo que caracteriza la salud es la capacidad de tolerar variaciones. Cada individuo busca sus propias normas, las que más le convengan. Por lo tanto no hay una manera unilateral de desarrollar una sola norma.

*¿Qué puente, aunque sea provisorio, podemos establecer entre el pensamiento de Canguilhem y el de Freud? ¿Es posible hacer dialogar la concepción canguilhemniana acerca de la vida y la concepción freudiana de lo pulsional? ¿Qué papel juegan las normas sociales en su relación con la pulsión?*

Freud en sus textos culturales aborda la cuestión del sufrimiento humano. El *Malestar en la cultura* se inscribe en esa hipótesis y se inserta en una serie de textos freudianos que se inicia con *Tótem y Tabú*, continúa con *Psicología de las masas y análisis del yo*, pasando por *El porvenir de una ilusión*,

para terminar con *Moisés y la religión monoteísta*. Freud reafirma en *El Malestar en la cultura* la idea de un defecto estructural en la condición humana. Este defecto alude a una hiancia (*beance*) que anida en el sujeto ante las prohibiciones y renunciaciones pulsionales que impone la cultura.

Freud en *El porvenir de una ilusión*, adelantándose a el *Malestar en la cultura*, se pregunta si se podrá superar ese desgarramiento, *¿La razón podrá traer paz o el malestar es consustancial al sujeto y la cultura?* Esta pregunta resulta fundamental a lo largo del pensamiento de Freud.

Freud, en *El malestar en la cultura* responde a su tesis principal presente en *Tótem y Tabú*, al postular que el incesto, el asesinato y el canibalismo se anudan estructuralmente en la cultura, constituyéndose el malestar del sujeto en la cultura. Es así como el padre asesinado, en tanto figura ideal, adviene bajo la modalidad de la figura odiada, perdurando en el sujeto bajo la forma ominosa del superyó.

*¿Cuál es la tesis fundamental de Freud?* La relación con la verdad que anida en el sujeto desgarrar el lazo social. Los ideales y las creencias no resultan suficientes para aplacar y traer un mínimo de homeostasis al padecimiento humano. En tal sentido, la búsqueda de la felicidad es otro de los tantos intentos ilusorios. Es así que la civilización<sup>(4)</sup> se presenta como el espejo invertido de la pulsión.

La civilización pretende construir una sociedad más justa, una sociedad en que no haya cabida para la falta, por lo demás: ideal obsesivo, pero al hacerlo desconoce que lleva en sí la marca de la falta. Por lo tanto, la sociedad no puede prescindir de eso que se reprime. *¿Pero acaso llegaremos a familiarizarnos con la idea de que hay dificultades inherentes a la esencia de la cultura y que ningún intento de reforma podrá salvar?* Freud concluye al señalar que los hombres están condenados a vivir en común en nombre de una falta que cuestiona la propia existencia de la comunidad.

Henry Rey – Flaud, en *Sobre el malestar en la cultura* retoma la idea del asesinato del padre, planteada por Freud en *Tótem y Tabú*, en tanto acto fundante de la cultura. Esto llevará a Freud a proponer una tesis inquietante: La civilización tiene su base en *la pulsión de muerte*. Ese acto, va a provocar en el hombre un desgarramiento, sujetado bajo dos tendencias opuestas. Por un lado, la de constituirse como *uno*, obligado a formar comunidad y por otro lado, mantener los privilegios del *Uno*, los del padre de la horda primitiva.

Freud en *El Malestar en la Cultura* señala que la relación con la verdad del sujeto desgarrará el lazo social. Lacan, por su lado, dirá que el malestar es algo consustancial a la relación del sujeto con el Otro, por el simple hecho que el sujeto es capturado en sus inicios por el lenguaje. El sujeto desde el principio se halla radicalmente comprometido y tomado

por el Otro. Lacan señala, para que un sujeto pueda articularse con el lazo social resulta necesario que cuente con lo más asocial, con lo más abyecto que lo constituye. En definitiva con su posición de goce. El sujeto en todo lazo social se ve necesariamente confrontado a las formas más variadas del goce del Otro.

*El malestar en la cultura* esconde lo ominoso o lo extraño familiar, cuya manifestación más evidente son todos aquellos actos violentos que desencajan al sujeto y ponen entre paréntesis todos aquellos ideales e ilusiones que forzosamente la humanidad ha construido. Pero en todo ideal anida la violencia. Un ejemplo que ilustra lo anterior son las ideologías totalitarias.

*¿Qué de lo ominoso?* En *Tótem y Tabú* nos encontramos de entrada con un acto fundante para el sujeto y para la cultura: el asesinato del padre. En ese acto se ha instalado algo del orden de lo ominoso, pero por otra parte ese acto fundante da pie para el nacimiento de la cultura.

Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921) se pregunta: *¿Cómo la masa puede influir de manera poderosa en el sujeto?* Hay en esta pregunta una cuestión fundamental acerca de lo ominoso, que luego va a desarrollar en *El Porvenir de una ilusión* (1927) y profundizará en *El Malestar en la Cultura* (1930), diez años más tarde de otro texto bisagra; a saber: *Más allá del principio del placer* (1920). Por lo demás no olvidemos en esta línea, *Lo Siniestro* (1919).

Freud, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, subraya el lugar que ocupa el líder. Al parecer, la masa, para evitar la regresión y la disolución, requiere de la presencia de un líder. Pero, *¿dónde radica el prestigio asignado al líder? y ¿por qué la masa desea ser seducida por el líder?* No olvidemos los fenómenos de masas, tales como el nazismo, en que poblaciones enteras quedaban subyugadas bajo la mirada y la voz omnipotente del Führer.

Al respecto, Lacan en su seminario XVI *De un Otro a otro* dirá: *"Se nos cuenta los excesos más extraordinarios ejercidos sobre víctimas, cuya increíble supervivencia nos sorprende. Pero no hay uno de esos excesos que no solo no sea comentado sino fomentado por una orden. Lo más sorprendente es que no provoca ninguna revuelta... En esos rebaños empujados a los hornos crematorios, aparentemente nunca se vio a nadie que de golpe empezara simplemente a morder la muñeca de un guardián. El juego de la voz encuentra aquí su pleno registro"* (Lacan, 2008, p. 236). No es más que la positivización de la voz como objeto del Otro que deja aturdido al sujeto en un goce que lo destruye y lo borra.

Freud, con respecto al fenómeno de masas agrega un elemento de desgarradura, una especie de desorden constituyente en el sujeto. En tal sentido, Henry Rey - Flaud se pregunta: *"¿La relación con la verdad puede constituir el lazo social? ¿Puede garantizar la constitución de éste?"* (Rey - Flaud, 2005, p. 22).

Con Freud, la respuesta es negativa. Al parecer la verdad, que desgarrar al sujeto, no posee un lugar armónico en la ciudad. La verdad, en definitiva, no se quiere escuchar por parte del sujeto ni por la polis. El sujeto se deja llevar por las ilusiones, reprimiendo de este modo un sentimiento de hostilidad que le es estructural. Es que el odio es más persistente que el amor.

Lo ominoso de esa verdad siempre está a punto de desgarrar al sujeto, instalando un desorden en relación a los lazos sociales. Pero ante esta desgarradura, *¿cómo se explica el fenómeno de la masa?*

La unidad de la masa estaría dada por la sugestión que impone el líder, permitiendo vínculos amorosos. En otras palabras, el sujeto se somete por amor. Pero existe una ilusión. *¿Cuál?* La de un líder que ama a todos por igual. Un padre que ama a sus hijos. Con esto está asegurada la ilusión de todo sujeto en agruparse con otros.

Pero siempre está el peligro de la descomposición de la masa, por la desgarradura fundamental que habita en el sujeto. La siempre renovada desligación libidinal pone en riesgo la relación del sujeto con el Otro, quedando sujeto a la positivización de lo ominoso. Por tanto, las ilusiones (*¿El porvenir de una ilusión?*), no alcanzan a velar lo ominoso.

El sujeto se identifica con el Otro. *¿Cuál?* Con el padre de la horda primitiva. Esta identificación de carácter primaria va dirigida a

este padre. Por cierto, identificación que resulta anterior a la elección de objeto. *¿Cuál es la característica de esta identificación?*

Ella presenta dos características: la de incorporar y destruir a ese padre. *¿Qué consecuencias trae?* El odio anida en su relación con el amor.

*¿Qué es lo que se desprende de todo esto?* Lo ominoso se encuentra en el fondo de la identificación, el enamoramiento y los fenómenos de masa. En última instancia, para Freud lo ominoso es justamente ese padre excesivo, con el cual el sujeto se identifica, se lo incorpora como un acto de amor y forma parte del ideal del yo. Más tarde, vía superyó y de un modo especial en sus características sádicas, ataca al sujeto. Un ejemplo de esta lógica es la del neurótico obsesivo. Léase el caso del Hombre de las ratas.

*¿Qué plantea El Porvenir de una ilusión acerca de lo ominoso?* Para Freud la cultura posee dos dimensiones que le son propias. Una de ellas resulta ser la técnica y la otra la ética y la moral. La primera dimensión dice del hombre en tanto conquistador de la naturaleza y en tal sentido, la ciencia resulta ser un producto de esta dimensión. La segunda hace referencia a las normas, las prohibiciones a fin de regular los intercambios de los bienes producidos.

Si bien la cultura es producto del hombre, éste abriga en su seno un peligro. Lo constituyen las pulsiones sexuales hostiles que se

encuentran detrás de la represión. Se está ante un desgarramiento estructural padecido por el sujeto. Freud, a propósito, señala la necesidad que tiene toda sociedad de una violencia externa a fin de controlar las pulsiones y a su vez la instauración de un proceso de internalización de las prohibiciones, arrojando la constitución del carácter moral en el hombre. En otras palabras, detrás de los bienes anímicos, la conciencia moral, el patrimonio de los ideales, el arte y las representaciones religiosas, se esconde lo pulsional. Por lo tanto no hay desligazón entre lo pulsional y lo cultural.

Freud en el texto antes citado, conserva todavía cierto optimismo, pero en *El Malestar en la Cultura* acentúa el horror que despierta la verdad del sujeto. Ante la verdad del sujeto, que no es transmisible, restan las ilusiones. Gracias a ellas hay porvenir. A diferencia de la verdad, las creencias y los ideales son transmisibles. Cuando la verdad habla, genera censura y horror.

Pero todavía Freud en *El porvenir de una ilusión*, guarda la esperanza que las pulsiones pueden ser domesticadas por la cultura. Pero en *El Malestar en la Cultura* acentúa la idea de la existencia de una desgarradura primordial, un defecto estructural en la constitución del sujeto.

La civilización se constituye sobre la coerción y por lo tanto el hecho de vivir en comunidad implica que el sujeto deba hacer un sacrificio. Esto trae consigo un malestar, que resulta estructural para el sujeto, dada su

fronteras de las normas aprobadas por la mayoría, no es que carezcan de normas. Todo lo contrario. Toda norma admite ciertos desvíos. Aquellos que se apartan de una norma, aprobada por la mayoría, no están fuera de ella. Simplemente se ubican en los márgenes de la norma, manifestando una subjetividad particular.

Al respecto, Le Blanc nos dirá: *“El conflicto no se establece, pues, entre lo normal y anormal, puesto que no tiene ningún sentido salir de las normas, sino entre una norma mayoritaria y otra minoritaria”* (Le Blanc, 2010, p 11).

En otras palabras, no existen normas normales y normas no normales. Le Blanc, refiriéndose a Canguilhem, plantea la necesidad de dejar de lado la antigua dicotomía sobre lo normal y anormal, apostando por la cuestión de la vida y su valor de creación de normas. *“Existe una capacidad de inventiva de lo cotidiano que hace cruzar las normas existentes, que las desvía en beneficio de microformas que no necesariamente se encuentran en rebelión con las anteriores, aunque puedan terminar por estarlo”* (Le Blanc, 2010, p 12).

Una de las normas que se encontraría al centro de las otras es la de *normalidad*. De ésta se desprende la idea del hombre normal. En la medida que los hombres se encuentran afectados por las normas, se ilusionan con la idea de ser un *hombre normal*. La clínica nos enseña que esa ilusión (*¿porvenir de una ilusión?*) se produce en el mismo sufrimiento

psíquico, por la propia idea del hombre normal.

Pero la idea de normalidad no parece tan obvia. Ella no implica una verdad absoluta. Ciertamente depende de las circunstancias y del contexto. Pero es cierto que la idea de *normal* resulta de sentido común. Forma parte de nuestra *psicopatología de la vida cotidiana*. *“Esta propensión a un pathos de la norma es incluso un verdadero dato de la vida común. Procede con verosimilitud de una estrategia de defensa social que participa tanto de una búsqueda de reconocimiento como de la voluntad inconsciente de lograr una sanción”* (Le Blanc, 2010, p 18).

Esa búsqueda de reconocimiento que se encuentra asociada a la idea de normalidad, explica en parte los motivos muy usuales de atribuir a los otros la patología, a modo de estrategia para posicionarnos dentro del ideal del hombre normal. Ya Freud, al respecto, había señalado que el sujeto proyecta en los demás todo aquello que no puede soportar en sí mismo.

Es así como en los juicios de atribución negativa hacia los demás, se ejerce violencia e intolerancia en aquellos que no se encuentran plenamente dentro de la norma. En definitiva, en todo juicio existe implícitamente un ideal de normalidad.

Pero al respecto, Le Blanc se pregunta: *“¿Quién me dice que estoy suficientemente dentro de la norma? ¿Acaso no hay que demos-*

*trarlo más aún? El curso hacia la normalidad es un curso sin fin. Toda vida es una vida injustificada que busca justificarse con respecto a las propias normas” (Le Blanc, 2010, p 25).*

Pero esa justificación “...antepone una angustia ante la norma que es lo propio del hombre normal. Este es, entonces, en el sentido psicoanalítico, un ‘normópata’, un enfermo de la norma. La normopatía designa a personalidades límite que buscan por todos los medios parecer normales, imitando las normas a la perfección. Esta seudonormalidad o normalidad patológica amenaza a todos los sujetos cuyo sentido de la vida radica en la normalidad” (Le Blanc, 2010, p 26).

Es así como la imposición de la idea de normalidad, en tanto ideal para un hombre normal, obliga a cada uno pagar un precio: renuncia a que la vida en sí misma pueda encontrar su propia normatividad. “Atenerse tan solo a la normalidad social significa entonces renunciar a la movilidad de la vida, al trabajo presubjetivo que se encuentra en el origen de la vida psíquica, es poner entre paréntesis la propia idea de vida en provecho de la norma...” (Le Blanc, 2010, p. 27).

Es así como, para Le Blanc, la idea del hombre normal no es más que un modelo normativo en lo social. En medio de un mundo en que lo que domina son las patologías, resulta casi imposible encontrar en alguien la encarnación perfecta del hombre normal. Por tanto, la normalidad no es normal. Pero debemos reconocer que la idea del hombre

normal resulta funcional y útil a efectos de distinguir lo que es normal y lo que es patológico. Ella posibilita la construcción de la propia figura de lo patológico.

El hombre normal se encuentra fuera de las normas. Es un ser atípico. Es el hombre que desconoce las enfermedades. Pero adolece de una falla importante: su ahistoricidad. Sería una vida sin acontecimientos palpables. Simplemente es un modelo para el resto de los hombres. Es así que podemos declarar que existe una enfermedad del hombre normal: “Este se encuentra enfermo de la norma única a la que se somete o a la que se lo somete... la enfermedad del hombre normal se debe entender como la falla que nace a la larga al saberse normal en un mundo poblado de enfermos... la norma que exhibe es el signo de una vida disminuida. La normalidad como ejemplaridad o como salud culmina en una norma única que expone al hombre a todas las enfermedades posibles” (Le Blanc, 2010, p 36).

Por lo tanto, el hombre normal es aquel que no se permite la invención creativa de nuevas normas y por ende se somete a una sola norma. En este marco, cobra sentido hablar de la enfermedad del hombre normal. Éste se encuentra enfermo de la norma. Es así como podemos establecer una relación entre el *pathos* y la norma.

Esta cuestión fundamental nos aproxima a la tesis freudiana del malestar en la cultura. La neurosis del sujeto se desprende de su

sometimiento a las normas impuestas por la cultura y su corolario es su sufrimiento.

### **Conclusión**

Hemos arribado al término del análisis sobre el sufrimiento humano en relación a lo viviente en el malestar en la cultura. *¿Qué podemos rescatar?* Los autores escogidos para este análisis: Freud, Lacan, Canguilhem y Le Blanc, cada uno desde sus posiciones teóricas, nos ofrecieron un *diagnóstico* acerca del sufrimiento que padece el sujeto en su relación con las normas que impone una cultura. El precio que se paga se ve reflejado en su padecimiento sintomático, por más que quiera desprenderse de la angustia que despierta lo patológico. Las promesas y las ilusiones que una cultura nos ofrece recaen como una sombra sobre el sujeto. *El porvenir de una ilusión* que toda cultura nos ofrece, choca contra la verdad del sujeto, produciendo un desgarramiento de éste.

El ideal del hombre normal se impone por parte de la cultura y ese ideal, tal como nos mostró Le Blanc, resulta ser un enunciado patológico. El hombre normal se encuentra enfermo, ya que su existencia se encuentra reducida a una sola norma. El esfuerzo que implica estar dentro de la *normalidad* impuesta se paga caro: la enfermedad.

*¿Es posible alguna vez relacionarnos de un modo diferente con las normas impuestas por la cultura? ¿Podrá existir alguna salida? Y si la hay, ¿no será otra ilusión más?* Lo que nos

ha enseñado el psicoanálisis es que no existe armonía entre las pulsiones y la cultura. No queda otra salida que lo más abyecto que habita en el sujeto pueda ser soportado por la cultura. *¿Es posible?*

*¿Soportar lo insoportable?* Éste es el dilema. Hasta ahora lo que se ha realizado es proyectar lo insoportable fuera de nosotros, ejerciendo violencia contra los otros. *¿Qué hacer?* Ya esta pregunta implica un problema: *¿Qué hacer con el hacer?* Tal vez una posible salida, es no preocuparnos tanto por hacer cosas, sin medir las consecuencias de nuestros actos. El furor curandis, las buenas intenciones, la voluntad de cambiar las cosas, amar al prójimo de un modo incondicional y otros tantos voluntarismos han llevado, en ocasiones, a agravar aún más el sufrimiento humano.

### *Referencias Bibliográficas*

**Canguilhem, G. (1943)** "Lo Normal y lo Patológico". Siglo Veintiuno Editores. México, 2005.

**Freud, S. (1930)** "El Malestar en la cultura", Vol. XXI. "Obras Completas". Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina, 1985.

**Lacan, J. (2008)** "De un Otro al otro" Seminario XVI. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.

**Le Blanc, G. (1998)** "Canguilhem y las normas". Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina, 2004.

**Le Blanc, G. (2007)** "Las enfermedades del hombre normal". Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina, 2010.

**Le Rides, J. Plon, MJ. Raullet, G. Rey - Flaud, G. (1998)** "Sobre el malestar en la cultura". Nueva Visión. Buenos Aires, 2004.